

## «EL SÓLO REPETÍA QUE TENÍA QUE HABER MUERTO COMO SU COMPAÑERO'»

Cuatro mujeres de heridos en atentados de ETA relatan el tortuoso camino que les tocó vivir como enfermeras y psicólogas de sus maridos.

ETA rompió por completo las vidas de Lucía Nieves Valverde, Mari Carmen Armiñana, Conchi López y Victoria Castro. Sus maridos sobrevivieron a sendos atentados de la banda terrorista, pero las secuelas nunca desaparecieron del todo. Operaciones, psicólogos... Ellas se convirtieron en enfermeras de la noche a la mañana. «Solas, sin ayuda» tuvieron que sacar fuerzas de flaqueza para hacer frente a situaciones inimaginables, que todavía hoy en día se repiten. Son víctimas «ocultas», que sólo piden un poco de ayuda y reconocimiento. La Asociación Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado Víctimas del Terrorismo ha puesto en marcha un grupo de apoyo para las esposas de afectados, que la propia Valverde se encarga de coordinar. «Nos echamos una mano las unas a las otras porque nadie lo hace por nosotras», expresa.

### LUCÍA NIEVES VALVERDE

Mujer de Francisco Zaragoza

#### «Hay muchas separaciones»

El 18 de diciembre de 1988, la patrulla a la que pertenecía Francisco Zaragoza se dirigía a Ipurua, el campo del Eibar, cuando fue tiroteada por un comando de ETA. En el atentado perdió la vida el policía nacional José Antonio Barrado. Lucía Nieves, mujer de Paco, como le llaman todos, tenía entonces 29 años, «era una cría con muchos proyectos por delante que se quedaron en el aire», describe. Su ilusión era estudiar Enfermería y trabajar con niños. No fue posible. La banda terrorista se lo arrebató a balazos. «Pasé de estar protegida a ser yo la que tenía que cuidar de todos», señala. De su marido, que quedó muy malherido -lleva ya cuatro operaciones- y de sus dos hijos, que entonces tenían nueve y seis años. Lucía se convirtió en enfermera, sí, pero su sueño se tornó en pesadilla. «Cuando ocurre el atentado, el Gobierno está contigo, pero cuando pasan los días, nos dejan solas, sin ningún tipo de ayuda», denuncia. Durante el tiempo que Paco estuvo ingresado en el hospital ella per-



maneció a su lado. Ya en casa, en Valencia, vivió situaciones insostenibles. Hasta el punto de que llegó a desear que su marido «hubiese fallecido en el atentado para que todos pudiéramos descansar», admite. «El índice de separaciones en los matrimonios de heridos es muy alto porque muchas mujeres no aguantan tanto dolor», asegura. Cuando Paco sufrió el atentado no reconocía ni siquiera a su mujer o a sus hijos.

Lucía trabajaba todo lo que podía para sacar adelante a la familia -pasaron siete meses sin ver un sólo céntimo del Estado-. Limpiaba en un hipermercado y en la feria de muestras de Valencia. Su jornada laboral iba desde las tres de la tarde hasta las siete de la mañana del día siguiente. Y cuando llegaba a casa no descansaba. Dormía con un ojo abierto. «Temía que Paco se tirase por el balcón. Él sólo repetía que tenía que haber muerto, como su compañero», revela emocionada. La mujer hizo de confesora y de psicóloga, y evitó en todo momento que sus hijos vieran «lo mal que estaba su padre». «Lloraba cada dos por tres, se caía de la cama y yo intentaba levantarlo pero no podía con él, así que tenía que llamar a una ambulancia. Ha sido horrible», relata. Paco ha pasado ya lo peor. Aún así, las secuelas nunca desaparecen del todo. Sigue medicándose, sobre todo para mitigar el dolor de las heridas que le causó el atentado. «Le retiraron las pastillas que le ayudaban a sobrellevar el tema psicológico. Pero todavía hay días que le miro al levantarse de la cama

y me digo: 'Hoy las va a necesitar'», reconoce Lucía.

### MARI CARMEN ARMIÑANA

Esposa de Heliodoro Borrás

#### «No volvimos a ser felices»

«En mi casa no volvimos a saber lo que era la felicidad». La que habla es Mari Carmen Armiñana. Su marido, Heliodoro Borrás, policía nacional, fue víctima de tres atentados de ETA. El último le dejó marcado para siempre. A él y a su familia. La banda terrorista hizo estallar un coche bomba al paso del vehículo en el que patrullaban Heliodoro y sus compañeros. Uno de ellos falleció al instante y otros dos quedaron muy malheridos. Junio de 1983, San Sebastián. La pareja tenía entonces dos hijos, de seis y nueve años. «Aquel día me hicieron muchas promesas. Recuerdo que alguien del cuartel me dijo 'señora, lo que usted necesite'. Veinticuatro horas después, nada», evoca Mari Carmen.

Heliodoro tenía metralla por todo el cuerpo. En el cuello, las piernas, la espalda... Su mujer siguió quitando restos de su piel años después del atentado. ETA intentó acabar con su vida en junio y en octubre, Heliodoro se reincorporó a su puesto de trabajo. «Decían que estaba bien, que o volvía o a la calle, pero mi marido no era el mismo. No era el hombre con el que yo me había casado», señala Armiñana, que entonces tenía sólo treinta años. «No volvimos a colocar el árbol de Navidad porque decía que era todo men-

